

tinuación se estableció en Carolina del Sur, en una casa en medio del bosque que él y Nora levantaron con sus propias manos. Allí ejercieron de carpinteros y criaron a dos hijos. Fundiéndose con la naturaleza, rodeado de animales, siguiendo los dictados de Thoreau, Sam fue feliz.

Las necesidades de una hija discapacitada forzaron al matrimonio a establecerse en la ciudad de Madison (Wisconsin) una vez empezó su carrera universitaria. Antes de despedirse de la vida asilvestrada, el escritor quiere cumplir un viejo sueño: dar la vuelta al mundo en barco en solitario. Va a clases de navegación, estudia, se prepara físicamente, pero la empresa está por encima de sus posibilidades. Una enfermedad pulmonar hereditaria se agudiza. Misión

“Firmin y Andy acuden a la imaginación para inventarse personalidades cambiantes”

abortada. Desconsolado y vacío, vende la embarcación. Se reúne con los suyos en Madison pero, llegado el crudo invierno, se ve incapaz de soportar las gélidas temperaturas y regresa a los bosques de Carolina del Sur. Tiene poco que hacer, apenas ve a nadie, transcurren tantos días sin cruzarse con un alma que, cuando acude a la tienda de alimentación a por provisiones, no le sale la voz al querer dar los buenos días.

Sin haberlo planeado, una mañana se sienta frente a su escritorio y, más de cuatro décadas después, se sorprende volviéndose a poner a escribir una novela. “*Firmin* brotó de la nada, no tenía sinopsis, ni índice, ni final... y lo hizo en cascada, fue como si ya hubiese estado escrita dentro mío y me limitase a verterla. Creo que el haber tirado la toalla, el haber renunciado a completar un libro, obró la ironía de hacerlo posible.”

La simpática pero infinitamente triste historia del roedor que leía a Dickens y fantaseaba con bailar con Ginger Rogers fue publicada originariamente en un modesto sello estadounidense, pero fue Europa la que conectó con ella y sacó a Savage del bucle de desencuentros con la literatura. “Los europeos, poseedores de una larga tradición de fábulas protagonizadas por animales, entendieron que Firmin no era una rata, sino un ser humano en el cuerpo de una rata. El sentido práctico y la mentalidad realista que imperan aquí provocó que la reacción natural fuera decir: ‘Un momento, si las ratas no pueden hablar, y tampoco leer, muéstrenme una que sea capaz y me creará su novela’. Es curioso que la idea de América constituya una gigantesca ficción llena de peligros

en la que sus ciudadanos parecen sentirse cómodos y que una tan pequeña les suponga una amenaza. ¿Cómo les cuesta tanto suscribir las dificultades de Firmin a la hora de esclarecer si era *Oliver Twist* o Eisenhower el personaje de ficción?”

El lamento del perezoso es un nuevo retrato tragicómico de una criatura solitaria y soñadora, un artista del autoengaño que busca consuelo en la literatura a la desolación existencial que lo circunda. Andrew Whittaker, casero de un edificio en ruinas, director de una patética revista literaria sin fondos, hombre privado de cualquier forma de amor, escribe cartas airadas, de súplica, de rechazo, de afecto... con las que va construyéndose una identidad mutante y siempre voluntariosa que lo alejan de la insignificancia que lo define. “Firmin y Andy están muy cerca el uno del otro, porque comparten un hueco en el centro de sí mismos que combaten acudiendo a la imaginación para inventarse personalidades cambiantes. Si el primero quería ser el héroe de sus propias ficciones, el segundo es un actor que en su misivas representa diferentes papeles dependiendo del receptor. Los dos están condenados al fracaso porque son como hipótesis científicas que pretenden resistir incólumes frente a nuevos descubrimientos que las deslegitimam.”

Contra la certeza

Llegado a este punto, resulta casi obvio decirlo: Firmin y Andy son en gran medida el propio Sam Savage, alguien que emite una sonora carcajada al soltar un “no tengo ninguna esperanza en el género humano”. Savage, criado en una parte del país donde el férreo protestantismo te asustaba con bestias de siete cabezas y con los cuatro jinetes del Apocalipsis, y en el que los negros no podían beber de la misma fuente que los blancos; hijo de una era nuclear en la que acudías a manifestaciones para impedir el holocausto atómico; un individuo al que la filosofía no pudo ofrecer respuestas y que ha vivido rodeado de casas y coches que se caían a trozos para impedirle creer en el progreso; un autor que moldeó libros llamados a no existir a partir de una madre insatisfecha, unos poemas fallidos, un puñado de novelas abandonadas, las lecciones de Wittgenstein, una aventura transoceánica que nunca comprendió y los bosques que abandonó.

“Cuanto más viejo, más desconcertado me siento. Es preferible la sensación de perplejidad a la de certeza, porque si estás en lo cierto es que estás equivocado. Ahora sé menos, mis creencias languidecen. Soy menos sabio, siempre que en la ignorancia no radique la auténtica sabiduría. De aquí que pueda escribir.” |

Novela En clave simbólica, Joan Oleza urde una trama atenta a los embrollos del periodismo y la política para reconstruir el fracaso de su generación

Casa bella

Joan Oleza
La vida infidel
d'un arlequí

PAGÈS EDITORS
311 PÀGINAS
20 EUROS

JULIÀ GUILLAMON

Se podría escribir un libro sobre las casas y mansiones que aparecen en las novelas como símbolo de la decadencia de Catalunya. Casas que forman parte de una comprometida herencia, habitadas por tipos enloquecidos, a punto de ser remodeladas para montar un hotelito o un campo de golf. *La vida infidel d'un arlequí* introduce diversas variantes. La novela empieza describiendo un paisaje abstracto (el mirador, la alcoba del abuelo, la encina madre), que a medida que avanza la acción se vuelve concreto: la isla es Mallorca, la ciudad peninsular, Valencia, lugares vinculados a la trayectoria vital del hispanista Joan Oleza (Palma de Mallorca, 1946), donde vive también Ramon Descós, antes de que su actividad profesional y un exilio voluntario le lleven a Madrid, Cracovia y Chicago. En la casa hay un armario con fondo falso que lleva a un corredor, donde, como en una fantasía de David Lynch, habita un enano bailador.

El relato nos introduce en una



En una novela que se mueve en el plano simbólico, destaca un armario con fondo falso donde habita un curioso personaje

DOUGAL WATERS / GETTY IMAGES

dimensión simbólica y onírica para, a continuación, reconstruir, en paralelo a la trayectoria del protagonista, el fracaso de una generación, entre el caso Matesa (1969) y el “váyase, señor González” de Aznar, de 1994. Descós es periodista (en 1968 escribe para *Triunfo* y asiste al mayo francés). Frecuenta un ambiente de política y modelos publicitarios, entra a trabajar en televisión en programas que aparentemente se distancian del régimen (me lo imagino como una especie de Alfredo Amestoy) y, al mismo

tiempo, entra al servicio de un personaje siniestro, Fernando Sila, como “una mena de secretari d'assumptes inconfessables”. Este Sila ha comprendido el papel de la información reservada en la sociedad que surge a finales del franquismo. Le ofrece a Descós un dossier sobre el caso Matesa, que el periodista reelabora a su aire y que, aunque él es de izquierdas, beneficia a los intereses de los tecnócratas y del Opus Dei. Con el tiempo, después de un gran negocio con el Banco Urquijo, Sila se dedicará a elaborar los informes confidenciales sobre los GAL o Luis Roldán que acabaron con la primera etapa del PSOE en el poder. Sólo Porcel, en sus últimas novelas, ha tocado este tipo de temas. A diferencia de *Cada castell i totes les ombres*, la novela de Oleza no es una sátira descerrajada: aspira a convertir a sus personajes en figuras literarias de envergadura en la línea de Saul Bellow o Philip Roth.

La vida infidel d'un arlequí es un libro ambicioso, muy trabajado, en el que, a veces, se echa en falta la capacidad de los novelistas auténticos de crear la sensación de realidad a partir de situaciones que, en manos de escritores menos avezados, resultarían increíbles. Pienso, por ejemplo, en el caso de Coleman Silk de *La mancha humana* de Roth: la historia de un profesor negro que se hace pasar por judío. El juego erótico que permite a Sila contactar con Descós (ha descubierto su relación con una mujer casada y le amenaza) sirve para explicar el carácter del protagonista, un sumiso, pero parece un poco cogido por los pelos. La trama italiana de la novela (cuando el protagonista desaparece, la hija, Marcel·la, se va a vivir con su tía) aporta poco al argumento y el éxito internacional de la novela de Descós, *El malefici de ponent*, cae en el tópico. La cita secreta entre padre e hija en la mansión abandonada (el periodista ha convencido a unos inversores alemanes de que compren la finca para construir un campo de golf, así puede recuperar la casa que vendió y ponerla a nombre de la chica) marca el tiempo de la novela, ritual y teatralizado, y hace pensar en Espriu: “No lluito més. Et deixo el sepulcre vastíssim que fou terra dels pares, somni, sentit. Em moro perquè no sé com viure”. Casi treinta años después de *Tots els jocs de tots els jugadors*, el duende de Oleza baila entre paredes de terciopelo rojo. |